

CAPÍTULO 2: EN EL EXILIO

Un amante es aquello que nos apasiona, aquello que ocupa nuestro pensamiento antes de acostarnos, y es también quien a veces no nos deja dormir. Nuestro amante es lo que nos vuelve distraídos frente al entorno. Nuestro amante, muchacho, es lo que nos deja saber que la vida tiene una motivación y un sentido.

Masubio

Masubio contemplaba la daga con la forma de la garra de un oso sobre su pomo. Se encontraba en el Occipucio. El tenebroso templo, lleno de velas, proyectaba una luz siniestra. El filo reflejaba el amarillento color de la luz emitida por los cirios. Un soporte de madera aguantaba el puñal sobre el enorme altar en el que se encontraban. El silencio sepulcral ayudaba a meditar al Anciano. «Una gran desgracia ha caído sobre esta familia», pensó. Aquella arma solo se entregaba a los Alanos que formaban parte de los Iguales, aquellos ciudadanos con derecho de sufragio y encargados de dirigir a su pueblo.

— ¿Nadie le ha vuelto a ver? —preguntó Masubio.

Parmenio había desaparecido sin dejar rastro. Nadie le había vuelto a ver desde el día en que le entregó al sacerdote la daga y la cinta con las diez Marcas de Maestría. Emma había intercedido por el Anciano ante los cinco sacerdotes, y Eylim, quien la conocía bien, había accedido a hablar con él tan solo por el respeto que le profesaba. La petición de Masubio estaba siendo estudiada por los allí presentes, pero las leyes de los Alanos indicaban que sin el permiso de los padres nada se podía hacer.

— ¡Ha renunciado a ser uno de nosotros! —exclamó Aeros, un comandante que formaba parte de los Iguales—. Ha entregado la daga, ya no es necesario que siga ninguna ley, ya no es un Alano. —Estaba enfurecido—. ¡Díselo tú Carano! —Aeros no perdonaba la traición en ninguna de sus formas, y menos la de renunciar a ser uno de ellos.

— ¡Tranquilízate, Aeros! —le respondió el comandante de los Agravios—. Yo también dejé de ser uno de vosotros cuando entregué mi daga, ¿o es que ya has olvidado los años de servicio llevados a cabo por Parmenio?, incluso cumplió con su deber al entregar a su hija a los dioses, ¿como un buen Alano! —El guerrero se calló sin rechistar—. En cuanto a la educación de sus hijos, la potestad recae sobre Emma, ya que su madre ha fallecido y su padre ha renunciado a ser un Alano, y por lo tanto, ha perdido todos sus privilegios sobre sus hijos. Emma —dijo dirigiéndose a la mujer—, tú te encargarás de ellos.

— Hasta los ocho años. ¿Y luego qué? ¿Quién se hará cargo de ellos?

El dilema planteado por la mujer, dejaba entrever una medida temporal para la educación de los muchachos.

— Los Alanos se encargarán de enseñarles. ¡Ya lo sabes, Emma! No veo cual es el problema —contestó Eylim con obviedad.

- Todos sabemos el estigma social al que se enfrentan ahora los hijos de Lyliam —intercedió Masubio—, ahora toda su familia se verá expuesta a la opinión pública, los niños de su edad no querrán jugar con ellos, las mujeres se apartarán cada vez que se crucen con los muchachos por la calle y los hombres les repudiarán y les tratarán como si fueran unos Vacceos. Aunque las leyes no les castiguen, los Alanos sí lo harán. —Masubio hizo un alto en su argumentación, esperando que aquellas palabras dieran a entender lo suficientemente bien lo que implicaba esa situación para los muchachos—. Ninguno de los dos pasará la Égira, y ninguno será considerado un hombre adulto, ni será respetado como tal.
- ¡Creo que exageras! —respondió Carano.
- Se les adiestrará y se les educará como si fuesen Alanos, porque las leyes así lo dicen, pero arrastrarán esa deshonra toda la vida, ¡y todos lo sabéis!

Las palabras de Masubio sentenciaron. Todos sabían que tenía razón. Si a los muchachos se les respetaba en un futuro sería por lo que Parmenio había representado para los Alanos y la devoción demostrada con los años, pero no serían tratados como iguales.

- ¿Y por qué debemos confiarte la educación de los muchachos a ti, Anciano? —Intervino Aeros—. Pasen o no la Égira, los niños seguirán siendo parte de nosotros. Aunque se les relegue a un segundo plano o no formen parte de los ciudadanos por derecho, tampoco serán esclavos.
- Por lo menos tendrán una oportunidad y una educación que les permita ser algo más que sirvientes, o guerreros de los que echar mano en caso de necesidad. Tendrán una dignidad.
- Aeros tiene razón, Masubio —le cortó Carano—. Los muchachos tienen que recibir un adiestramiento como indican las leyes. Te guste o no, siguen siendo Alanos.
- Solo uno de nosotros puede adiestrarles —Añadió Aeros.
- Y aunque tú seas un Alano —le corrigió al guerrero—, solo lo eres de nacimiento, jamás podrías inculcar nada a ninguno de nosotros.
- ¡Podría enseñarles muchas cosas!
- No lo dudo, Emma.
- No estoy pidiendo que pierdan su formación, permitidme ser su preceptor.

Unos murmullos se dejaron notar en el templo, el eco del Occipucio llegaba con total claridad a todos los huecos del santuario. Aquellas palabras pronunciadas por el Anciano habían escandalizado a más de uno. El mero hecho de plantear una educación distinta para dos miembros de la comunidad era considerado como un sacrilegio, especialmente en el lugar más santo de los Alanos. El concepto de un mentor, de alguien que tutelara la educación de los dos niños, era algo totalmente innovador para una sociedad poco habituada a los cambios.

Aeros se retiró con los otros dos hombres que formaban parte de los Iguales y reflexionaron durante un tiempo. El guerrero gesticulaba airadamente, mientras que sus

compañeros se mostraban mucho más comedidos. Carano observaba, retirado en un frío banco de piedra. Hacía tiempo que ya no formaba parte de los Iguales, desde el mismo día en el que se le encomendó la difícil tarea de dirigir a los Agravios. Decidió renunciar a todos los privilegios dentro de su pueblo, para convertirse en uno de los comandantes más influyentes dentro del ejército de los Mirdalirs. Un hecho que otorgaba gran relevancia y prestigio a su pueblo.

El comandante era un hombre recio y de carácter templado, rara vez se dejaba llevar por sus emociones. Apto para dirigir a los impetuoso Agravios en el campo de batalla o para evitar la obsesiva disciplina a la que eran sometidos muchos de ellos, y que algunos se autoinculcaban, llevándoles hasta la locura. Se había forjado fama de buen general gracias a las continuas batallas con los hombres que vivían al sur de la frontera de Mirdar, presionando una y otra vez para obtener las tierras que reclamaban por derecho: todas aquellas situadas al sur del Kalavant. Pese a su avanzada edad, aún poseía un cuerpo fuerte y moldeado en mil batallas. Mientras se mostraba expectante por la decisión que tomarían, Masubio se fijó en la retirada figura de Carano. Pese a haber renunciado a todos sus derechos como Alano, y a las férreas leyes que regían su cultura, aún mantenía un poder mucho mayor que el del sumo sacerdote. El Anciano lo supo, si quería conseguir lo que se proponía, él era el hombre al que tenía que convencer.

Terminaron las deliberaciones y los tres se acercaron hasta el altar. Aeros no estaba convencido de la decisión que acababan de tomar. Sin embargo, la aceptaría.

- Lo que ha hecho Parmenio puede ser considerado como una traición —habló Aeros—, pero nadie se lo tendrá en cuenta, ni se lo reprochará nunca. Su devoción está demostrada.
- Aún así —intervino un segundo Alano—, las leyes se han de aplicar. En el pasado hemos tenido que tomar decisiones difíciles con nuestros hijos. Hemos tenido que sacrificarlos, e incluso abandonarlos a su suerte...
- Y por eso —continuó Aeros lanzándole una fugaz mirada a Carano—, por el sacrificio realizado por Parmenio con su hija, hemos decidido que seas su preceptor —A Masubio le cambió la cara, mostrando una leve sonrisa en su rostro.
- No cantes victoria, Anciano —habló el tercero, un hombre de tez sombría—. Solo serás el tutor de uno de ellos, del menor. Antio es fuerte y será capaz de pasar la Égira —Emma les miró desconfiada.
- Créeme, ¡lo hará! —le prometió Aeros.
- Laud será desterrado y tú partirás con él —continuó hablando el tercer Alano.
- Pero no lleva la Marca, no podéis desterrarle.
- Como tú has dicho, Masubio, al muchacho nunca le consideraremos uno de los Iguales. —Eylim creía que el muchacho estaría mejor en manos del Anciano, y no entre los sacerdotes, donde sería tratado como un sirviente más y pasaría el resto de sus días entre papeles y tareas impropias para uno de ellos.
- ¿Eso quiere decir que lo despreciáis? ¿Qué dejará de ser hijo de Parmenio? ¿Y la educación en la que tanto habéis insistido?

- Tranquilízate Masubio —le calmó el sacerdote—, que hayamos dejado que seas su preceptor, no quiere decir que seas el único.
- Irás con dos de los Iguales.
- ¿Niñeras?
- Son vuestra protección, la del muchacho. ¡Vamos! No será un destierro como el que tú te piensas Masubio —le tranquilizó Aeros con sus palabras—. Simplemente viviréis alejados del Caviadan, no queremos que el muchacho se sienta menospreciado por los demás. No es algo que yo apruebe, Anciano —se defendió—. Pero son tus palabras las que se han tenido en cuenta y no las mías.
- ¡Es muy pequeño! No podrá jugar con otros niños, no podéis hacer eso Aeros.
- La decisión está tomada —dijo con resignación.
- Pues entonces, mi hijo irá con ellos.
- ¡Eso es imposible, Emma!

El Anciano buscó aprobación en la mirada de Carano, quien se encontraba de pie, dispuesto a marcharse. Era lo único que había conseguido y él también debía ceder. Emma le suplicó con la mirada y Aeros vio el gesto de aprobación. Carano salió del templo sin cambiar el semblante, partirían pronto.

II

Clito el Negro cabalgaba delante, en solitario y alejado de cualquier conversación que lo incomodara. Masubio había dejado a los dos muchachos a su aire, siguiendo la estela del caballo del insociable Alano, mientras él cerraba la comitiva junto al segundo miembro de los Iguales. Eumenes era un joven guerrero, con una sutil cultura que sólo dejaba entrever cuando se encontraba fuera de los círculos que implicaban la dura vida de la espada.

- ¿Hacia dónde nos dirigiremos? —le preguntó el Anciano.

Llevaban más de una semana de marcha y aun no sabía el destino de su destierro. Los dos Iguales se mostraban distantes con ellos, quizás porque pensaban que era más un castigo que un premio. Masubio había intentado romper esa barrera durante días sin conseguirlo, ávido por ganarse la confianza de aquellos recios guerreros. El Alano que abría el séquito se había mostrado tan distante que cualquier intento de hablar con él había terminado en una mirada de desprecio o un monosílabo. A Masubio sólo le quedaba la figura del joven guerrero, aunque ya no intentaba buscar la información que se le había negado sobre el lugar que en unas semanas sería su nuevo hogar; buscaba una conversación con un adulto, una conversación banal para sacarle de la monotonía del viaje.

- ¡Vamos Eumenes!, yo no he elegido este destierro —Masubio intentaba entablar un diálogo con el joven guerrero—. Dentro de poco vamos a tener que pasar mucho tiempo juntos, nos guste o no.

Eumenes lo miró fugazmente, sin hacer caso de las palabras del Anciano. Se mostró dubitativo, meditando el mensaje que acababa de recibir.

- Hace poco que formo parte de los Iguales, Anciano —trató de explicarle—. Y el premio que obtengo por ello, es cuidar de esos dos mocosos... Pero tienes razón en una cosa Masubio, si vamos a pasar los próximos años juntos, será mejor que nos llevemos bien.
- ¡Me alegra oír eso, Eumenes! —respondió aliviado.
- No te equivoques Masubio, sólo hablaremos lo necesario —le advirtió—. Nuestra relación será cortes, y nada más.
- ¿Y Clito?
- De él no esperes nada más que lo que has visto —le dijo indiferente.

Continuaron al trote, disfrutando de la ligera brisa del camino. La senda avanzaba pegada a un grupo de alisos que descendían por la derecha, y en la parte baja, un riachuelo surcaba el suelo paralelo al camino. Las hojas se agitaban ligeramente, las ramas oscilaban con el vaivén del aire y el gorgotero de las aves sonaba a su alrededor cuando se dejaban deslizar por las suaves corrientes. Masubio se encontraba a gusto, había conseguido entablar conversación y, a la vez, aquello parecía un simple paseo por el campo y no el camino hacia el exilio.

- ¿Por qué tanto interés en cuidar y enseñar a esos dos mocosos, Anciano? — Eumenes rompió el silencio.
- Vi morir a la madre de uno de ellos —respondió.
- ¿La mujer de Parmenio? —Masubio asintió—. ¿De que la conocías? — Parecía que la curiosidad empezaba a despertar dentro del guerrero.
- El padre de Lyliam y yo éramos viejos amigos.
- No le llegué a conocer, ni siquiera he oído nada sobre él.
- Los dos nacimos dentro del Caviadan, pero al igual que ocurre con el pequeño —dijo señalando al muchacho que jugaba junto a su primo—, no éramos lo suficientemente fuertes como para ser un ciudadano por derecho.
- ¿Y qué ocurrió? ¿Os recogieron los sacerdotes? —preguntó intrigado.
- Durante los dos primeros años sí, pero después nos llevaron al Nak-Karhus. Allí comenzó nuestra formación junto a los Ancianos.
- Entonces todo este mundo es muy extraño para ti, Masubio. ¿Por qué regresaste si tu vida estaba tan lejos de aquí?
- Como te decía antes... El padre de Lyliam y yo estábamos muy unidos, y cuando regresé me hice cargo de su hija, y la ayude en todo lo que pude...
- ¡Menos el día de su muerte! —dedujo el Alano.
- No pude hacer nada por salvarla... —Eumenes se detuvo y lo miró.
- ¡No te culpas por su muerte!, no se lo debes a ella. Te lo debes a ti mismo ¿verdad?
- ¡Te equivocas!
- No insultes mi inteligencia, Masubio. —El Anciano bajó la cabeza evitando la mirada inquisitiva de Eumenes. Le había subestimado en exceso.

Los muchachos gritaban alegremente mientras jugaban. Masubio los miraba, y en su fuero interno sabía que el joven Alano tenía razón. En el fondo de su corazón sentía que aunque hubiera podido, no habría logrado hacer nada por la mujer. Él no era ningún doctor, sus conocimientos se limitaban a remedios naturales y al estudio de ciertas plantas medicinales. El Anciano no aceptaba de buen grado que las cosas no le salieran como él quería. Era tan solo su amor propio. Sentía vergüenza, Eumenes había ahondado dentro de su espíritu intercambiando tan solo unas pocas palabras. Había pocas personas que lo sorprendieran, pero el joven Alano lo había conseguido.

- No pretendía ofenderte, Eumenes.
- Tranquilo, olvidaba que los Ancianos tendéis a menospreciar a los demás. La gente da por sentado que sois hombres sabios e instruidos, pero también se suelen olvidar de que soléis ser bastante arrogantes —se burló con una sonrisa en el rostro—. Volviendo a lo de antes, Masubio. —El joven Alano vio como se sonrojaba el Anciano—. Nos dirigimos hacia la isla de Aljunnia, en el puerto de Onuba cogeremos un barco.
- Ahora entiendo por qué dejamos el camino.
- Bum-Nazar nos habría llevado hasta puerto de Kartaia, pero nos acarrearía muchos días de viaje llegar hasta allí... —Eumenes dejó la conversación y se fijó en el otro Alano que los acompañaba.

Clito se detuvo. El camino se extendía más adelante y nada hacía presagiar la razón que le había llevado a detener su montura. El Alano miraba a un lado y a otro, oteando los peligros del camino. Estaban dentro de Mirdar y, sin embargo, el hombre se mostraba tenso. Eumenes lo conocía bien y sabía que aquello no era normal en él. Poco a poco, sus dedos se fueron deslizado hasta el pomo de su espada. Era joven y aún no había adquirido el sentido de peligro que ganaban los soldados en la batalla, en cambio, su compañero tenía mucha más experiencia en campaña.

Clito el Negro era conocido como uno de los mejores rastreadores de los que disponían los Mirdalirs. Era la mano derecha de Carano, y aunque no había entregado la daga, luchaba al lado del comandante de los Agravios. Los Mestizos le utilizaban como maestro, para enseñar a las tropas ciertas habilidades de subterfugio inherentes en él. Técnicas de guerrilla, caza y rastreo, alejadas de las destrezas en la lucha y la guerra que se exigían a cualquier soldado. Su carácter reservado le había llevado a granjearse numerosos enemigos dentro del ejército de Mirdar, rencores de personas recelosas que desconfiaban de su temperamento. Eumenes apenas había cruzado con él unas pocas palabras y lo había tratado poco, pero el joven Alano no era como los demás soldados. Sabía distinguir a un hombre de honor, recto y con unos valores a prueba de toda duda. Para muchos, su personalidad reservada, su soltería y el mero hecho de no visitar las famosas casas de las ramerías de Hidion, o su desprecio por el juego, lo hacían ser una persona de la que desconfiar. Sin embargo, Eumenes conocía de sobra las destrezas de su compañero y la lealtad hacia su pueblo; se habría convertido en Caballero de Mirdar si hubiese querido, pero jamás hubiese entregado la daga que lo hacía formar parte de los Iguales.

El esquivo Alano retiró la capa hacia atrás, dejando ver la ligera espada curva anclada a su cinturón. Miró imperceptiblemente hacia atrás. Eumenes asintió con la cabeza y espoleó suavemente a su caballo. Clito continuó la marcha.

— ¡Llama a los muchachos! —le dijo en voz baja al Anciano—. Creo que tendremos compañía.

Masubio lo miró sorprendido, no esperaba eso dentro de las fronteras de Mirdar.

— ¡Laud! ¡Dour! —les llamó el Anciano—. ¡Dejad de jugar ya!

— Pero... —se intentó quejar el mayor.

— Ya sois mayorcitos para comportaros como Vacceos. Agarrad esas monturas y poneos delante de mí —Les intentó reñir para que no resultase tan obvio. No quería dar a entender que sabían que algo no iba bien—. Que os vea que os comportáis como futuros soldados y no como muchachos malcriados. —Los dos se mostraron cabizbajos y obedecieron, poniéndose al lado de su preceptor.

Clito avanzaba unas pocas yardas por delante, abriendo un hueco entre él y el resto. Eumenes se había puesto pegado al lado izquierdo del camino, el que daba hacia el riachuelo, y en la retaguardia. El joven Alano tardó en captarlo. Había un silencio incómodo en el ambiente. Tenso. Ya no se oían los pájaros. Sólo el viento ondeaba y agitaba levemente las ramas de los alisos. De pronto, se oyó un silbido que cortó el aire. La saeta voló con la rapidez de un rayo, impactó en el costado de Clito y haciéndolo caer hacia el pequeño arroyo que circulaba cerca. Eumenes giró su cabeza en la dirección desde la que había llegado la flecha y otras dos estelas llegaron hasta ellos. Una de ellas le silbó muy cerca del oído. El joven Alano desmontó agarrando al joven hijo de Parmentio. «Esto no son bandidos», pensó sin detenerse. Protegió a Laud antes de que otra flecha surcara el cielo e intentara sesgar la vida del muchacho.

Unos gritos aterradores descendieron por la pequeña pendiente. Eumenes salió al encuentro del primer oponente con el que se cruzó, detuvo el golpe del hacha de mano que llevaba sin problemas, le golpeó con el pomo de la espada, derribándolo, y lo remató sin miramientos en el suelo. Dos más bajaban detrás blandiendo en alto sus armas. El joven Alano se lanzó a la carrera. Sorteó el primer choque, agachándose hacia un costado y rematando a su oponente por la espalda. Con una habilidosa finta se reincorporó y cortó de un solo tajo la cara, el cuello y el pecho del segundo contendiente, hundiendo la espada en una fea herida que lo haría morir desangrado.

Otro silbido rompió el aire y el impacto lo recibió de lleno en el pecho. Eumenes cayó de espaldas y su vista se perdió hacia las copas de los árboles, hacia los alisos, hacia el cielo. Respiró hondo, fruto del frenesí del combate. Instintivamente su mano se desplazó hacia la flecha que tenía incrustada en su peto. La armadura había evitado que la punta de la flecha se incrustara en la carne. Alzó la cabeza de nuevo para mirar a su alrededor y evitar que lo remataran. Un hombre le apuntaba con un arco largo, rudimentario. Tenía la cuerda tensada y dispuesta para ser soltada de la mano del arquero.

Parecía un vagabundo, tenía el rostro sucio y el pelo enmarañado, la ropa estaba rota y el calzado eran unas sandalias hechas de piel y roídas por el tiempo. Una piel de felino cubría su cabeza y su espalda. La imagen era perfecta. Eumenes ya olía el hedor de la muerte, pero el siguiente sonido que oyó no lo olvidaría el resto de sus días. Una flecha le atravesó el cráneo, pero la mano ya había soltado la cuerda del arco. La saeta pasó muy cerca del joven Alano que se encontraba paralizado. La punta de la saeta le salía por el otro extremo de la sesera, sus ojos se habían vuelto blancos y sus manos se habían quedado agarrotadas dejando caer el arma. Se desplomó.

Tan sólo habían pasado unos segundos, pero para Eumenes había durado toda una eternidad. Dos rápidas saetas volvieron a pasar por delante de los ojos del Alano y dos arqueros más cayeron bajo su impacto. Eumenes miró hacia su izquierda y contempló a Clito con su característico arco compuesto, de color negro y mucho más pequeño de lo normal, ideal para ser transportado fácilmente y para disparar a corta distancia. El joven Alano se reincorporó.

— ¡Vámonos! —Bramó Clito, mientras veía como seguían llegando atacantes.

Eumenes se subió a su montura con rapidez y su compañero hizo lo mismo con el caballo que llevaba el primo de Laud. Al joven muchacho lo había recogido Masubio y los tres se habían lanzado al galope dejando atrás los gritos de aquellos bárbaros.

III

Las ascuas estaban esparcidas a lo largo de los restos de una pequeña hoguera, cubriendo un hierro que se estaba poniendo al rojo vivo. El color rojizo que emanaba de ellas era el único signo de luz en la oscuridad de la noche. Habían escapado de sus agresores y no habían parado de cabalgar hasta que sus monturas no pudieron dar un paso más. Desde donde se encontraban, se podía ver la bahía en donde se asentaba el escondido puerto de Onuba y las luces que iluminaban los barcos allí atracados. La dársena era un lugar resguardado y oculto dentro de la orografía de Mirdar y de las tierras que bañaba el Lasha-Beseres: el Mar Interior. Los Mirdalirs utilizaban ese viejo puerto como uno de los principales puntos neurálgicos para controlar todas aquellas aguas y como uno de los dos puntos de reunión en los que amarraba una de sus flotas. Allí les esperaba un barco que zarparía y les llevaría hasta la lejana isla de Aljunnia: lugar donde encontrarían su exilio.

Clito el Negro, se encontraba recostado al lado de la hoguera, esperando a que el hierro alcanzara la temperatura necesaria para poder cauterizar la herida. Aún llevaba la flecha sobre su hombro, sin embargo la herida apenas había sangrado. Ninguno de los dos, ni Masubio ni Eumenes, se había atrevido a tocar la flecha. Tenían miedo de moverla y que comenzara a brotar sangre; no tenían los medios ni los conocimientos necesarios para poder curar la herida. Aunque su mayor temor era el sombrero Alano. Clito no hacía más que mirar las plumas rayadas de la flecha incrustada en su hombro, y no sabían como iba a reaccionar.

- Clito, la daga ya está lista —dijo Eumenes mientras movía las brasas.
- Muy bien —le respondió con la voz sensiblemente debilitada por el cansancio—. ¡Tráela aquí!

Eumenes llevó la daga incandescente hasta su compañero y se agachó junto a Masubio, que preparaba los apósitos que apoyarían sobre la herida. Ambos se miraron con cierta tensión, aunque el único que parecía que sabía lo que hacía era el herido.

- Masubio —El Alano lo miraba, sabedor de lo que conllevaba curar bien esa herida—, aguántame bien el brazo cuando yo te lo diga. Parte la flecha cerca de la herida. Si la partes más arriba, hará palanca y el dolor será mayor —El Anciano asintió nervioso, mientras escuchaba la entrecortada voz de Clito.
- ¿Y después? —continuó Eumenes.
- Sacad la flecha por el otro lado y hunde bien la punta de la daga, Eumenes, no quiero que se infecte. Necesitamos llegar a la isla cuanto antes.
- ¡Está bien! —El joven tragó saliva.

Clito el Negro se puso una mordaza en la boca para aguantar el dolor y para no tragarse la lengua en caso de perder el conocimiento. El dolor sería tan intenso que no sabía si iba a ser capaz de soportarlo. El movimiento fue rápido y coordinado. El chasquido de la flecha al romperse puso en tensión a Clito, quien mordió el paño con fuerza. Masubio retiró la punta de la flecha por el otro lado del hombro y Eumenes cauterizó la herida en el acto. El daño que sintió el Alano fue tan fuerte que cayó de espaldas entre convulsiones, aunque no llegó a perder el conocimiento. Hasta que Eumenes no retiró la punta de la daga incandescente Clito no dejó de retorcerse de dolor. El Alano inhaló una profunda bocanada de aire y resopló aliviado.

- Aún no hemos terminado, Clito —le susurró al oído Eumenes—. Debemos cerrar la herida por el otro lado —el insociable Alano, asintió—. Voy a volver a poner la daga en las brasas para que esté lo más caliente posible —Le dio una palmada en el hombro sano y le miró a los ojos—. Cuando estés listo date la vuelta, esta vez será más fácil.

Eumenes se levantó y se acercó hasta la hoguera, introdujo la punta de la daga en las ascuas mientras el Anciano se le acercaba.

- ¡Ahora viene la parte fácil! —sonrió algo más tranquilo—, cuando se ponga boca abajo siéntate sobre su espalda, que todo el peso de tu cuerpo lo aprisione contra el suelo, cuanto menos se mueva más rápido será todo...

Clito no quitaba el ojo a los dos trozos de la saeta, los examinaba detenidamente, como si una idea descabellada comenzara a fraguarse en su cabeza. Tocaba las plumas, que alternaban el color blanco con el negro. Las plumas de ganso llevaban refuerzos de cuerno y el entorchado con una hebra de hilo perfectamente elaborada y tratada. El cosido de las plumas al vástago estaba rematado con el mismo hilo. Un trabajo refinado. Clito estaba ensimismado con aquella flecha, cavilando, pero sin decir una sola palabra.

— Es el momento —le advirtió Eumenes.

En pocos minutos la daga había vuelto a estar a la temperatura óptima, el intenso color rojo en las puntas y amarillento en el centro, así lo desmostraban. Clito lo miró, se concienció de nuevo y se giró, mordiendo de nuevo el paño. El Anciano se sentó sobre su espalda e intentó inmovilizar el fibroso cuerpo del Alano. El octogenario no podría hacer mucho si Clito se revolvía, pero al menos sería una ayuda psicológica para él. La punta se hundió y un profundo olor a carne quemada emanó de la herida, incluso más que la vez anterior. Esa vez Clito no pudo aguantar el dolor y se desvaneció en el mundo de las sombras.

Eumenes levantó el cuerpo inconsciente de su compañero y se lo llevó a un lugar mucho más cómodo en donde pudiera descansar.

- ¿Qué es lo que ha pasado esta tarde?
- No lo sé, Anciano —le respondió desconcertado—, esos bárbaros no deberían encontrarse dentro de Mirdar.
- Dicen que en Panant ha estallado una rebelión y que uno de los Mirdalirs ha desaparecido, se oyen rumores de que unos bárbaros han tomado la región —le advirtió—. ¿Qué te hace pensar que no haya pasado aquí lo mismo?
- Esto no era ninguna rebelión, Masubio —le corrigió.
- ¿Entonces por qué nos atacaron? —no hubo respuesta por parte del Alano.
- Lo mejor es que nos vayamos de aquí cuanto antes. Stoya y Gabriella nos esperan con un barco. Cuando el Silencioso se despierte —así apodaban los Agravios a Clito—, bajaremos hasta el puerto.

IV

Aún no había amanecido cuando se presentaron en el muelle. Clito el Negro, caminaba delante, como si su hombro estuviera perfectamente curado. El barco se encontraba fondeado al final del puerto. A esas horas no había nadie por el embarcadero, tan sólo la tenue luz de un candil reflejaba el barco que buscaban: «El ánima». El nombre del buque parecía muy apropiado para la penumbra que se cernía sobre el navío. Eumenes llegó junto a su compañero. Todo parecía en calma.

— ¡Ah del barco! —gritó.

La respuesta fue la misma calma que allí se respiraba. Aún se encontraban nerviosos después de lo ocurrido el día anterior. Clito mantenía oculto su pequeño arco compuesto y Eumenes había desenvainado la espada, preparándose para otra dura contienda. Ambos habían demostrado formar un buen equipo y estar lo suficientemente compenetrados como para no volver a caer en otra trampa.

— ¡Ah del barco! —repitió de nuevo, nervioso.

La tensión se hizo tan palpable que ambos juntaron sus espaldas, en un intento por evitar ser sorprendidos. El candil apenas iluminaba el contorno del barco y ellos eran la única silueta que se vislumbraba en el silencioso muelle. Habían tenido la prudencia de dejar a los dos muchachos y al Anciano escondidos a unas yardas de aquel lugar, pero habían cometido la temeridad de dejarse ver sin al menos explorar el barco. Estaban en Mirdar y no tenían razón alguna para mostrarse desconfiados y más cuando las corsarias estaban avisadas de antemano.

- ¡Os noto un poco tensos! —dijo una mujer contoneándose desde la proa de la embarcación.
- Gabri, nos has dado un susto de muerte —le contestó Eumenes aliviado.

Clito lanzó un silbido a lo lejos y admiró a la bella corsaria, que se asomaba en lo alto del barco. Estaba apoyada sobre la proa, saboreando detenidamente la lasciva mirada del Alano, sobre todo sabiendo que Clito no era para ella. La plataforma cayó al suelo y los dos Alanos subieron hasta la cubierta del buque, quitándose la tensión del viaje. Gabriella salió a recibirlos, exteriorizaba claramente su excitación, no en vano las corsarias eran famosas por su promiscuidad, sobre todo con guerreros que habían demostrado sobradamente su valentía. Estaban acostumbradas a tener a quien quisieran tan sólo con un gesto de su cuerpo y para muchos hombres de Mirdar era un honor ser elegido por una de aquellas bellas mujeres. Gabriella era una joven muchacha que se había criado entre los mástiles de los barcos que fondeaban en el puerto de Onuba. No estaba engalanada con las prendas propias de una corsaria, sino que el atuendo había sido elegido expresamente para llamar la atención de uno de aquellos dos guerreros: Eumenes.

El joven Alano no pudo reprimir el impulso de contemplar a la fastuosa mujer que se encontraba delante de él. Una frondosa melena azabache se deslizaba sobre sus hombros, a juego con unos ojos pintados de negro y unas espesas cejas. El tono claro de sus ojos terminaba con aquel contraste sureño, aunque su tez pálida hacía que no tuviera los rasgos típicos de una mujer del sur. Vestía un corpiño ajustado que realzaba el busto, anudado con una ancha cinta dorada y con unos ribetes cosidos sobre los bordes. La prenda se ensanchaba a medida que ascendía hacia los hombros. Un fino collar de perlas terminaba de adornar el busto, a juego con otro collar ancho que se ajustaba alrededor del cuello, realzando los carnosos labios de su rostro. Las trenzas sueltas descendían a los lados del corpiño, ondeando y zigzagueando entre ellas, en una espiral en la que Eumenes se había perdido hacía tiempo. El Alano observó los grandes ojos de la mujer y tragó saliva. Un colgante de pequeñas piezas de oro superpuestas descendía por su frente hasta estrecharse entre las cejas de la joven corsaria y un redondel con el dibujo de una media luna incrustada sobre su melena, terminaron por someter al Alano ante los encantos de la mujer. Una enorme tira dorada con forma de hoja de laurel le caía por los lados del cabello, ajustada sobre un peinado que encumbraba su larga cabellera. No hicieron falta palabras. Gabrielle se giró, echándole una sensual mirada al joven y terminando los dos juntos aquella noche.

- No perdéis el tiempo —le dijo Clito a otra corsaria que se escondía en las sombras. La mujer se asomó a la luz de un candil dispuesto en la cubierta del barco—. ¿Tan necesitadas estáis o solo es vicio?
- Yo sólo tengo ojos para ti, Clito.
- Si, claro, como si no supiera de sobra la fama que tenéis.
- Yo no soy como las demás —le respondió ofendida.

La corsaria estaba ataviada como una guerrera, no como su compañera. Su pelo castaño recogido en una trenza roja y una cinta negra característica la hacía destacar entre las demás guerreras. Sus ojos extremadamente claros y cristalinos resaltaban incluso en la oscuridad que ondeaba sobre la cubierta del barco. Dos mechones de pelo más claro bajaban siguiendo la forma de la cara, acentuando aún más su atractivo. Pero lo que más destacaba era su extrema delgadez, marcándose las costillas sobre la carne, aunque también lo hacía toda la musculatura del vientre; era pura fibra.

Stoya observaba al esquivo Alano y veía algo extraño en él, algo había pasado. Sabía que estaba enamorado de ella y era la única con quien podía desahogarse cuando lo necesitaba; aun así, siempre procuraba mantener las distancias.

- ¿Qué te ha pasado?, ¿estás herido? —le preguntó la corsaria preocupada, mientras Clito se giraba sorprendido.
- Nos emboscaron ayer —se limitó a decir.

La mujer le quitó poco a poco la ropa que cubría su hombro maltrecho y vio la fea herida curada a la carrera. Examinó profundamente la cicatriz hecha por el fuego y se fue a buscar un vendaje. Clito oyó un silbido desde el muelle después de marcharse la corsaria y se asomó por la borda. Los dos muchachos y el Anciano se encontraban esperándoles. El Alano hizo un gesto para que subieran y cuando se giró se topó de nuevo con la mujer.

- ¿Quiénes son?
- Los que tenemos que llevar a la isla de Aljunnia.

Stoya observó de nuevo a los tres y se limitó a vendar el brazo del Alano, aunque solo fuera para que no se le infectara. La herida estaba bien cauterizada, pero eso no quería decir que estuviera bien curada y no pudiera complicarse el estado de la lesión. Masubio subió a los dos muchachos al barco y se interesó por el estado del Alano.

- Se recuperará, no te preocupes —le respondió Stoya—. Bajad a los camarotes, ya tenéis todo preparado. Procurad descansar, mañana partiremos con la marea y será un viaje largo.

El Anciano le dio dos palmadas en la espalda a Clito, quien agradeció el gesto, y llevó a los dos muchachos hasta el interior del barco.

- ¿Una flecha, Clito? —le preguntó desconcertada y con una mueca en el rostro—, ¿no es propio de ti!
- Nos sorprendieron en el bosque.
- Eso es lo que me extraña. Que hayas caído en una emboscada.
- ¿Dentro de Mirdar?, no me lo esperaba Stoya.
- ¿Cómo escapasteis?
- De milagro, de milagro... —contestó.

Stoya terminó el vendaje, anudándolo al final. Clito no había mostrado ni una sola mueca de dolor. La mujer lo miró, sabiendo que había algo más que le preocupaba. El Alano sacó las dos partes rotas de la flecha y desechó la punta para centrarse en las plumas. Las palpó y se las enseñó a la corsaria, quien le miraba intrigada.

- ¡Fíjate en las plumas! —Stoya observó detenidamente—. Sólo un Alano podría fabricar algo así.
- En Mirdar se usan las plumas de ganso, de pavo o de oca, también he visto plumas de buitre. No entiendo qué es lo que tiene de especial.
- ¡Mira el entorchado y el cosido de las plumas al vástago! —La corsaria se dio cuenta de lo que quería decir—. Sólo los Alanos rematamos así las flechas. Aunque hayan intentado camuflarlo, la técnica sólo la realizamos nosotros.
- ¡Y los que os atacaron no eran Alanos...! —sentenció—. La isla de Aljunnia pertenece a los corsarios y está lejos del poder de Mirdar. ¡Allí estaréis a salvo!

La corsaria le ayudó a levantarse y le bajó a su camarote, en donde ambos pasarían la noche y ella le ayudaría a relajarse de toda la tensión sufrida en el camino. Clito no olvidaría jamás aquella noche con la corsaria, previa a la travesía que les llevaría al exilio en la isla de Aljunnia.

V

Los primeros días en su nueva residencia le habían parecido a Laud casi agradables: los colores de la isla, el intenso verde de los bosques de pinos, los tonos malva del brezo que florecía en laderas escarpadas, o el vivo amarillo de las árgumas y las retamas y el gris plateado de los acebuches bajo aquel cielo turquesa, en aquella luz mágica y cegadora, daban la impresión de encontrarse en una especie de jardín por el que deambulaban los dioses. De noche las lunas hacían centellear los trémulos reflejos de las olas del mar, pequeños destellos espumosos que blanqueaban las rocas que se erguían como torres inamovibles ante el paso del tiempo y las olas. El viento traía un olor salobre hasta la villa, junto con los aromas de aquella tierra encantada. Así Laud logró olvidar durante aquellos días de la amplitud del continente.

La brisa de la tarde traía el olor del higo, el aroma de las flores y el mastranto, junto con los sonidos amortiguados por la distancia: algunos balidos lejanos, el graznido de las gaviotas alrededor de sus nidos o los gritos de los tardíos mercaderes que se apiñaban en torno al puerto. Los barcos de vela de los pescadores de la isla se movían

lentamente, de un lado a otro de las aguas tranquilas del Lasha-Beseres, mientras que en el puerto se veían atracar los grandes navíos de guerra de los corsarios. Aljunnia era la capital de aquellos hombres recios y curtidos por aquellas tranquilas pero traicioneras aguas del Mar Interior. El humo se alzaba en lentas espirales de las casas apiñadas en el fondo, en torno a la tranquila cala.

La villa se sustentaba sobre las casa de los isleños, recortadas a los pies del puerto. Los hombres que la guardaban eran marinos más que soldados, aunque difíciles de sorprender en las rocosas laderas de Aljunnia. Masubio había comenzado a recoger bayas y raíces así como diversos minerales, bajo la mirada del muchacho, al que trataba de enseñar las virtudes de las piedras y las plantas. Por la noche, en cambio, el Anciano pasaba largas horas enseñándole el firmamento y el movimiento de las estrellas, e indicaba a su discípulo las dos constelaciones que representaban a su pueblo: La constelación del oso, muy cerca de la Estrella de la Noche. Alari asomaba en el bóveda celeste, fija, noche tras noche, impregnando el cielo con su tenue y constante luz.

- Ese es el astro sobre el que gira el cielo —decía el Anciano—, es el único punto de todo el firmamento que nunca se mueve y que siempre apunta al norte. Si te fijas —continuó— verás un grupo de estrellas. Si las unes con una línea imaginaria encontrarás la figura de un oso, aunque es necesario que tengas un poco de imaginación, al final podrás verlo —El joven se esforzaba por unir aquellos puntos luminosos y encontrar la figura del plantígrado.
- ¿Y qué son esas estrellas, muy juntas, que se encuentran a la derecha del oso? —dijo señalando.
- ¿Esas estrellas? —respondió el Anciano meditando—. Algunos las llaman la Osa Menor, para los Alanos ese grupo de estrellas no tiene nombre.
- ¿Y por qué no?
- La historia de nuestro pueblo tiene luces y sombras. Antes de la Gran Guerra de los Hombres, había dos pueblos que habitaban el bosque del oso. Bajo el Caviadan dos tribus se disputaron durante años el dominio de nuestras tierras y cada una de ellas estaba representada en el firmamento por una de las dos constelaciones del oso. Los Alanos nunca queremos recordar el nombre de la tribu que una vez subyugamos.
- ¿A quien representaba esa constelación?
- A los Vaceos.

A veces, cuando el octogenario estaba indispuerto o ayudando con sus conocimientos a algún miembro de la villa, Stoya enseñaba al muchacho a orientarse y navegar a través de las estrellas. El mapa celeste abría tanta información para el joven, que jamás pensó que podía aprender tanto tan sólo observando el cielo nocturno; casi se le quitaban las ganas de dormir por las noches.

Las dos lunas asomaban por el firmamento casi paralelas, y a veces, cuando inexplicablemente no lo hacían, los cambios sobre las mareas y el tiempo eran tan abruptos que el mar podía ascender o descender en mas de diez yardas y las noches se volvían largas, casi infinitas, dejando de ser Alari la única estrella que no se movía en el

cielo del Mundo Conocido. Cuando ese fenómeno sucedía, Beleri se dejaba ver entre las dos lunas, trazando un arco equidistante entre los tres cuerpos celestes. Su luz roja, daba paso a la eterna noche y pronto los cambios bruscos en el clima se cernirían sobre toda aquella región. Aquellos periodos se producían cada cierto tiempo y su duración era determinada por los dioses. Los corsarios conocían bien esas fluctuaciones producidas por cualquiera de las dos lunas, y las aprovechaban para estudiar el cielo que no podían observar desde las latitudes en las que solían navegar. Fenómenos como aquel eran contados por la corsaria, para el conocimiento de su nuevo discípulo.

Stoya también le explicaba los pormenores de sus viajes y cómo conseguían llegar hasta su destino con los barcos sin poder ver el camino, sólo con su intuición y las estrellas. «Este principio lo puedes aplicar no sólo sobre el mar, sino también sobre la tierra, cuando te muevas por Mirdar o por algún lugar del Mundo Conocido» le trataba de explicar la corsaria.

- ¿Y qué haré cuando sea de día o el cielo esté nublado? ¿Tendré que viajar de noche?
- Ahora sólo nos fijamos en el cielo, Laud. Ya aprenderas más cosas a su debido tiempo.

De día Laud y su primo Dour, daban vueltas por los patios y las atalayas que caían a plomo sobre el mar, jugando o cuando Eumenes les dejaba un rato de respiro mientras les entrenaba en el arte de la espada. Otras veces, los paseos los daba con el Anciano, quien aprovechaba cualquier asiento que encontraba para impartir sus enseñanzas al alumno que le escuchaba con atención. Pero con lo que mas disfrutaba el joven Alano era con el distante guerrero que los acompañó hasta la isla, con Clito. De alguna manera Laud se había ganado su corazón y éste lo cuidaba como si fuera su propio hijo. Le enseñaba a cazar con trampas, a seguir el rastro de animales y personas, e incluso a pasar desapercibido en cualquier entorno. Aquellas habilidades las adquiría con rapidez y Clito disfrutaba viendo cómo el joven se quedaba absorto absorbiendo todo aquello que le enseñaba. Jamás había tenido un discípulo, pero por el mero hecho de estar encerrado en aquella isla, Laud se convirtió en una manera de aprovechar el tiempo.

Cuando los días eran buenos, Gabriella lo llevaba hasta el puerto, y allí cogían un pequeño bote. La corsaria lo conducía mar adentro y le enseñaba a maniobrar bajo el viento. Le explicaba cuándo debía virar o desplegar las velas hasta alcanzar la mayor velocidad, la forma en la que tenía que aprovechar cada corriente o simplemente las diferentes particularidades de todos los navíos que navegaban alrededor de la isla: los tamaños y los pesos, el tipo de construcción de cada buque... E incluso en un momento dado, cuando alcanzó la mayoría de edad, fue ella misma quien le convirtió en un hombre.

Pero con el paso de los días, de los meses, de los años... El espacio destinado a su existencia se hacía cada vez más exiguo; el cielo cada vez más lejano e indiferente; todo parecía espantosamente igual e inmutable: el vuelo de las gaviotas, los guardias que

hacían la ronda en la villa e incluso las lagartijas que se calentaban en los días calurosos y corrían a esconderse en las grietas del muro si el ruido de un paso se acercaba.

Se había recorrido la isla incontables veces junto con Dour, a quien aquel lugar no le parecía tan malo. Había visitado todos los pequeños pueblos pesqueros de Aljunnia, pero todos tenían la misma calma en sus callejuelas. A veces le dominaba una angustia imprevista, una punzante melancolía, y contemplaba fijamente el mar durante horas. Otras era presa de la rabia y la ira, y tiraba piedras contra el muro que delimitaba la villa en donde vivían. Lanzaba decenas, centenares de piedras bajo la mirada burlona de los corsarios que hacían de custodios del muchacho, hasta que caía abatido, jadeando y empapado en sudor. Masubio lo miraba con ternura, pero no cedía ante la emoción. Se le acercaba para darle ánimos y para obligarle a mantener la compostura de los mayores.

Un día que Masubio le vio tan abatido y extenuado por aquel juego loco e inútil, humillado por las pullas y las carcajadas de sus guardaespaldas, que se le acercó y le dijo.

- Ahorra tus fuerzas muchacho, tu hermano nunca se habría dejado llevar por la desesperación.
- ¡Si yo fuera como mi hermano, no estaríamos aquí!, ¡si fuera un auténtico Alano seguiría en Mirdar! Y no tendría que llevar sobre mi conciencia el destierro de tres hombres y el mío propio —le respondió desesperado—. ¿Para que esforzarme?, nunca saldremos de aquí, Masubio. ¿Ves a esos hombres de ahí en su puesto de guardia? ¿los ves? —dijo señalando—, esos hombres envejecerán junto a mí, hasta el día que vengan a relevarles y serán otros los que envejezcan en esta maldita isla. Ellos cambiarán y yo seré siempre el mismo, como las piedras de la isla o los muros de la villa. Me volveré un viejo sin haber sido nunca joven. —Hablaban con desesperación.
- Cuando yo era joven no tuve la misma suerte que tú, la suerte de tener un preceptor y varios maestros encargados de enseñarme. La suerte de tenerlos para enseñarme las diferentes artes a las que ningún Alano tiene acceso.
- ¿Y para qué aprender tantas cosas si nunca saldré de aquí? ¿de qué me servirán? —le respondió de nuevo, esta vez con rabia e impotencia.
- La vida da muchas vueltas muchacho, y lo que hoy te parece una enseñanza baldía, quizás mañana sea trascendental para muchos.
- ¡Cómo, Masubio! ¿En esta cárcel? —A Laud le volvieron a inundar los sentimientos de desesperación.
- ¿Cárcel?, no sabes lo que es la cárcel muchacho —le corrigió— a mí durante muchos años también me exiliaron, y no precisamente en una apacible isla del Lasha-Beseres. Yo pasé mi juventud entre las inhóspitas montañas del Nak-Karhus, encerrado en las grandes fortalezas y ciudades de los mirdalirs, bajo el gélido frío de las montañas y un invierno perpetuo. Eso era un aislamiento, alejado de las noticias del mundo, y como único entretenimiento una vida entera dedicada al conocimiento, pero ¿sabes cómo lo pude sobrellevar? —Laud negó con la cabeza, abatido por el sentimiento de opresión creado por el exilio en el que vivía— Puede que tu cuerpo sea prisionero de esta isla, pero nunca dejes que lo sea tu alma. Cuando seas capaz de hacerlo, esta isla te

parecerá un paraíso, y llegará un tiempo en el que no puedas separarte de ella y de sus gentes, hasta el día en el que la abandones y sientas nostalgia de volver a verla.

- ¿De verdad crees que eso ocurrirá algún día, Masubio? —parecía que estaba algo más esperanzado.
- Sí, claro que estoy convencido muchacho —El Anciano le apoyó una mano sobre el hombro, para animarle—. Tienes muchas actividades a lo largo del día, demasiados maestros y muy poco tiempo para ti, lo que necesitas es una amante —Laud lo miró extrañado, eso no era propio de su preceptor, quizás sí de Eumenes, pero no de Masubio—. No me malinterpretes muchacho, un amante es aquello que nos apasiona, aquello que ocupa nuestro pensamiento antes de acostarnos, y es también quien a veces no nos deja dormir. Nuestro amante es lo que nos vuelve distraídos frente al entorno. Nuestro amante, muchacho, es lo que nos deja saber que la vida tiene una motivación y un sentido —Laud se sentía avergonzado, el joven nunca había visto la vida desde ese prisma.
- ¿Y qué hago, Masubio?
- Lo primero que tienes que hacer es alejar tu alma de estos muros, y cuando te quieras dar cuenta tu cuerpo la seguirá.
- ¿Pero cómo lo hago? —se mostraba profundamente perdido.
- Acompáñame.

El anciano le llevó a una zona apartada de la villa, hasta un lugar poco frecuentado por los corsarios, e ignorado por los dos Alanos que le custodiaban. En la parte trasera de la residencia, unas viejas escaleras descendían al piso inferior excavado en la roca. La amplitud de la escalinata abría paso a dos grandes portones de madera roídos por el tiempo. Parecía que esa estancia no había sido abierta en siglos, en cambio, Masubio la visitaba con frecuencia. Entraron a oscuras, Masubio tanteó en uno de los laterales y prendió una pequeña antorcha que había dejado el día anterior. Buscó el primer candil cerca de una de las chimeneas distribuidas por la habitación, y fue haciendo fuego en todas y cada una de ellas, mientras iba encendiendo todas las lámparas de barro de la habitación que se abrían ante los ojos del muchacho: era una biblioteca. Infinidad de libros se apiñaban en diversas estanterías, parecían viejos tomos consumidos por el tiempo, aunque limpios. Seguramente Masubio, en su propio exilio y buscando su propio amante los había limpiado y restaurado en su mayoría. El archivo no era muy grande, aunque sí lo suficiente como para cautivar la curiosidad del joven.

- ¿Éste debería ser mi amante? —sonrió Laud.
- Deberías dedicar parte de tu tiempo a leer, muchacho. Ayuda a olvidar la pesadumbre, libera el alma de la angustia y del aburrimiento, nos pone en contacto con un mundo distinto. —Laud admiró aquella biblioteca, no sabía por donde empezar a buscar—. ¿No pensarás que nos mandaron al primer sitio que se les ocurrió, verdad? —le instruyó el Anciano—. Te dejaré sólo, ya te avisaré cuando la cena esté lista.

Masubio abandonó la sala y dejó al muchacho perdido entre multitud de volúmenes que se agolpaban unos sobre otros en las estanterías. Laud fue mirando cuidadosamente todos los tomos, hasta que uno de ellos le llamó la atención: un libro de cuero negro y las figuras engarzadas de dos zarpazos. «El simbolismo de la marca» se titulaba. Laud sonrió y dijo en voz baja:

— Creo que hoy liberaré mi alma, Masubio, creo que hoy la liberaré...

Después volvió la primera página y comenzó a leer.